

do cristiano. Así, pues, los campesinos comenzaron á preguntarse si el amo no era injusto ó extravagante al desterrar de la hacienda á seres tan inofensivos y tan buenos, como su esposa, su hija y el cura.

Tales murmuraciones amargaron á Gaspar las satisfacciones de la victoria y atribuyendo aquéllas á las influencias secretas del cura, que él llamaba pomposamente influencias de Roma, propúsose extirparlas de raíz por medio de un acto inaudito á cuya ejecución le animaron así Enrique y Márquez, como algunas docenas de copas de coñac, tomadas en la buena campaña de entrambos sujetos. Dijose allí que el mejor modo de acabar con el influjo sacerdotal, era despojar al clero de sus bienes. Sabe ya el lector que el clero de la hacienda consistía únicamente en el cura que iba á dar misa. Fáltale saber que los bienes del clero de la misma hacienda, consistían, en clase de inmuebles ó raíces, en la capilla, la sacristía y un pequeño cementerio, y en cuanto á muebles, en los vasos sagrados, ornamentos, imágenes, dos estantes y otras tantas mesas. Gaspar decretó, pues, que los inmuebles eran propiedad de la hacienda, cosa que nadie le había disputado,

y que los estantes y las mesas se adjudicasen al mejor postor. No hubo quien hiciese postura y, á fin de no quedar en ridículo, mandó que se regalaran á los proletarios más pobres; pero éstos no los quisieron recibir y fué preciso quemarlos.

Cerróse la capilla y quedóse Gaspar con las llaves. En cuanto á la sacristía, como en ella conspiraban Octaviana, Amelia, el cura y el juez, contra las reformas progresistas, mandó que jamás volviese á servir para su antiguo objeto, y que á ella fuese trasladada la escuela de artes y oficios.

Con semejantes providencias, ejecutadas al otro día, "Roma quedó desarmada y vencida" en la quinta de Gaspar.

IX

LO QUE SE SIEMBRA SE
COSECHA

Nada he visto yo que dé idea de un país en estado de anarquía, como la quinta de Gaspar, pocos días después de acaecido lo descrito en el último capítulo. Los proletarios se resis-

tían abiertamente á trabajar, no ya sólo en las labores de la hacienda, sino aun en las de sus propios terrenos. El desorden les había conducido insensiblemente á la pereza y á la ociosidad. Esta hizo que les repugnara seguir ganando el pan de sus familias con el diario sudor de su rostro, y, además, habiéndose introducido el más completo barullo en la administración de la finca, había mucha dificultad para el pago de los salarios. La miseria, en forma de avechucho—como diría un poeta romántico—comenzaba á cerner sus alas sobre aquel pequeño modelo de una república entregada á las exageraciones de la innovación y de la reforma. Inútil es decir que la escasez de dinero, la desmoralización que cundió entre los operarios y la falta de orden y vigilancia, dieron por resultado que aquéllos, para satisfacer sus más precisas necesidades, comenzasen á extraer y vender clandestinamente los llenos de la quinta, sin que nadie pudiera poner coto al mal.

No había tenido en él poca parte la llamada escuela de artes y oficios puesta á cargo de Enrique, y cuyas cátedras se daban en la antigua sacristía. Los campesinos habían olvidado el catecismo de Ripalda; pero en cambio,

aprendieron una jerga incomprendible que Enrique bautizó con el pomposo título de "Tratado de los derechos del hombre." Aunque al principio se trató positivamente de que cada alumno aprendiera un oficio, todo quedó en conversación, excepto la enseñanza de las teorías democráticas. Con el transcurso de los días vinieron la confianza y la expansión entre el maestro y los discípulos. El primero, se remojaba muy frecuentemente los labios "excatkedra" con aguardiente de Castilla ó coñac, á fin de continuar sus explicaciones con voz clara y vibrante, mientras los segundos, sintiéndose predestinados á brillar en la ciencia del cálculo, se ensayaban á presencia del maestro, con dos ó tres mugrientas barajas, mostrando decidida predilección por las sotas, y convirtiéndolas en representantes de cabezas de ganado ó aperos de la hacienda. Como el diablo tentaba á Enrique por este lado no menos que á sus discípulos, uno y otros solían "fraternizar," echando sendos alburas, en los cuales todos ellos ganaban y la hacienda perdía.

Además del manejo de las cartas, Enrique enseñó á los labriegos á dudar de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma; á negar la jus-

ticia humana y el derecho de propiedad; á considerar la religión como una gran patraña cubierta con el moño de los siglos; á tener al clero por el más encarnizado enemigo de la civilización y á formar, por último, una alta idea de sí mismos, seguros de que los actos privados y públicos del hombre no deben hallar coto ni en la religión, ni en la moral, ni en la autoridad social, porque todo lo que tiende á coartar la libertad del pensamiento y de acción, es una tiranía más ó menos disfrazada, cuyo yugo debe romperse á toda costa. Ya verá el lector que en algunos de los ramos de esta enseñanza, Enrique no hizo otra cosa que seguir el texto de las lecciones de su padre.

A guisa de episodio referiremos lo que pasó con algunos mozos de la finca. Gaspar y Enrique les habían hecho creer que el cura esquilmba sus escasos recursos; que la administración de los sacramentos de la Iglesia debían ser gratis para todo el mundo, y que á falta de sacerdote los seglares podían convertirse en ministros del culto, pues éste no venía á ser más que un símbolo, una fórmula de la adoración del hombre hacia Dios, quien—añadía Gaspar—no se cura de los actos de sus miserables criaturas. El

resultado fué que algunos mozos bautizaron por sí mismos á sus hijos, otros se casaron civilmente ante Enrique, y otros, por último, llevaron á sus deudos al compo-santo sin el acompañamiento ni las oraciones de la Iglesia, á fin de economizar el pago de obven-ciones y derechos. Poco ganó con esto la felicidad doméstica, pues los casados civilmente, abandonaron á pocos días á sus mujeres de un modo muy incivil, y roto lo que Gaspar y Enrique llamaban preocupaciones, y que no es otra cosa que el lazo religioso, es decir, lo único que puede hacer marchar á los hombres por el sendero recto, cada cabaña se convirtió en un infierno de prostitución y de miseria.

Suele, sin embargo, ser tal la obcecación de los reformistas, que aun cuando los funestísimos efectos de su tarea estén patentes á todo el mundo, ellos se obstinan en no verlos ó les señalan causa diversa. Con la terquedad de la mariposa que se chamusca las alas en la llama de una bujía, tocan y retocan la obra que ellos juzgan maestra, y la dejan cada vez peor. ¿No producen sus sistemas el efecto que se propusieron sus autores? Consiste en lo corto del tiempo que ha transcurrido desde su planteación. Muchos

años tarda la bellota para convertirse en completa encina. ¿Producen resultados diametralmente opuestos á lo que se esperaba? Consiste en la resistencia que las preocupaciones y los antiguos hábitos oponen á las reformas. Preciso es acabar con aquéllos para que éstas florezcan; preciso es arrancar la zizania para que el trigo fructifique. La crítica de los médicos tan hábilmente escrita por Lesage, puede aplicarse sin variación alguna á los reformistas políticos. El Dr. Sangredo abandona muy á menudo la lanceta y el vaso de agua tibia para enristrar la péñola del legislador. Viendo Gaspar que el desorden y la miseria se enseñoreaban de su finca-modelo, ni por un instante lo atribuyó á su propia culpa, sino á la antigua y viciosa educación de los campesinos, y se prometió que con el transcurso del tiempo recogería los ópimos frutos con que soñaba. Lector, no te rías de la obstinación de Gaspar. ¿Acaso no discurren así muchos hombres de Estado?

Transcurrieron cerca de dos meses. Las relaciones exteriores de la pequeña república no ofrecían mejor aspecto que la situación interior. Los trabajos estaban paralizados por no haber dinero con que rayar á los operarios;

faltando el trabajo no había, pues, frutos y de consiguiente, no había ventas. Ahora bien, faltando éstas, Gaspar no podía cubrir periódicamente sus créditos, y veía ya su finca convertida en blanco de diversos pedimentos de embargo judicial. Podría vender los llanos y pagar así á los acreedores; mas se presentaba un ligero inconveniente, á saber, que ya no había llanos porque los mozos acabaron con ellos. Terrible era la situación, y, sin embargo, Gaspar se propuso dominarla. Echando menos por un momento los días en que parodiaba á Luis XIV y á Federico el Grande, quiso empuñar las riendas de la dictadura, nada más que mientras fuese necesario para salvar á Roma, prometiéndose dejarlas inmediatamente después de conseguido su objeto.

Pero Gaspar había contado sin la huéspedea, ó sea sin la desmoralización de sus operarios, quienes, á las primeras palabras de orden y de reprimenda que les dirigió, se burlaron de él. He aquí en pequeño la suerte de los novadores: quedan por lo común aplastados bajo las ruinas del edificio que desplomaron.

Una tarde que Gaspar había hecho serios esfuerzos por reducir al orden —

al trabajo á dos ó tres docenas de proletarios, que ebrios y desarrapados cantaban en el exterior de la taberna, sin conseguir de ellos otra cosa que insultos y desprecios, encaminóse tristemente á caballo hacia la casa del compadre Márquez. Habíaseme olvidado decir que éste no quiso dar el consejo sin el tostón; en otros términos, que después de haber inflamado la imaginación del propietario con las ideas de reforma, cuyos resultados hemos visto, quiso cooperar á la práctica, y para hacerlo más fácilmente fuese á vivir á la hacienda. Ocupaba una pequeña casa de mampostería destinada antiguamente al guarda-bosque y situada á orillas del camino, casi en los límites de la hacienda del lado de la ciudad. Llevaba allí una vida ociosa y disipada, sirviendo como de asesor á Gaspar en todos sus negocios, acompañándole á veces á la mesa, concurrendo de cuando en cuando á presenciar las lecciones de su ahijado Enrique en la escuela de artes y oficios, y poniendo periódicamente el monte á los mozos, quienes se desesperaban á la idea de que Márquez perdía los albuques insignificantes y ganaba todos los de cierta categoría, sin advertir aquellos campesinos bonachones las señas y

contraseñas de las barajas del compadre. Decirse puede sin exageración, que por las manos de éste habían pasado todos los llenos de la hacienda, perdidos por los mozos al juego y vendidos por Márquez en la ciudad inmediata á los mismos acreedores de Gaspar.

Este, en la tarde de que hablamos, iba á pedir consejo y ayuda á su compadre, contra los mozos. Había llegado á veinte pasos de distancia, cuando Tamerlan, el perro de Amelia, salió al camino y fué á encontrarle aullando de un modo siniestro y doloroso. Gaspar se impacientó á la vista del perro, sospechando que Octaviana y Amelia hubiesen venido á la hacienda sin conocimiento suyo y contra su expresa prohibición. Festejó á Tamerlan con su látigo y siguió su camino, pero sin lograr desembarazarse del perro que continuaba aullando y que parecía querer atraer á Gaspar hacia un pequeño escampado, á la derecha y no lejos del cercado de la casita del guarda-bosque.

Gaspar se apeó del caballo á la entrada del jardín que había frente á la casa; llamó á la puerta, nadie le contestó, y, habiéndola empujado, entró á la pieza que hacía de sala. Vió en ella

una mesa grande en que habían quedado acá y allá algunos naipes, botellas y copas; alrededor aparecían sillas en desorden y algunas caídas en el suelo, como si hubiese mediado allí lucha ó juego de manos algunos momentos antes.

Gaspar llamó á Márquez en alta voz, y como nadie le contestaba, se introdujo en su dormitorio, después recorrió la cocina y el comedorcito, y se convenció de que no había una alma en la casa. Volvió á la sala, y como el desorden de las sillas ponía estorbos al tránsito, apoyó su mano derecha en una de las esquinas de la mesa, á fin de evitar una caída, pero en el momento mismo sintió que la mesa estaba mojada y un horror indecible de que no podía darse cuenta se apoderó de todo su ser. Dirigióse precipitadamente á la puerta en busca de la luz, y vió que tenía la mano manchada de sangre. Volvió por segunda vez á la sala, encendió un cerillo y reconoció cuidadosamente la mesa; no tenía de raro sino algunas gotas de sangre medio cuajada, en la esquina que se apoyó Gaspar. Examinando luego el piso, vió que había rastro de sangre hacia la puerta trasera de la casita, y salió por ella al campo, sin acordarse del

caballo, y seguido de Tamerlan, que no había cesado de aullar y de tirar á Gaspar de la ropa, y que, tan luego como salió de la casa, tomó la delantera, Gaspar se imaginó que algún crimen acababa de cometerse en la casa de Márquez, y se dejó guiar por el perro, casi persuadido de que iba á descubrirlo siquiera en parte.

En un recodo formado entre los árboles por la vereda arenosa que partía de la puerta trasera de la casa, el perro se detuvo, aulló con más fuerza, y en seguida se internó entre el zacatón, bastante alto en aquella parte del monte.

La noche venía á toda prisa. Unas cuantas ráfagas de luz crepuscular brillaban todavía en el horizonte; pero los árboles eran altos y espesos y la obscuridad comenzaba á reinar bajo el ramaje.

El corazón de Gaspar palpitaba fuertemente anunciándole una gran desgracia. Cuando sus ojos se habituaron á la obscuridad, descubrió el cuerpo de un hombre, tendido boca abajo en la yerba. Tuvo un presentimiento horrible, y se estremeció de pies á cabeza. Inclínose hacia el cuerpo, y haciendo un esfuerzo angustioso, lo volteó á fin de ver el rostro. Lanzó un grito

y quedó aterrado. Tenía á su vista el cadáver de Enrique.

Creyóse víctima de una atroz pesadilla. Se asió de una última esperanza y se dijo por un momento que acaso la vida no había abandonado aquel cuerpo. Echóse el mismo al suelo y registró el cadáver con dolorosa ansiedad. Tenía una puñalada en el corazón, y los labios cobrizos y desbordados de la herida, que aparecían sobre la camisa y el chaleco destrozados, aún estaban tibios, pero el corazón no latía ya. No queriendo persuadirse Gaspar de que su hijo estuviese muerto, le llamó en alta voz y meneó el cadáver fuertemente y en vano. Poca sangre manchaba los vestidos de Enrique; pero le había salido abundantemente de la boca y formaba un charco en el suelo. Gaspar quitó con sus dedos la tierra que cubría en parte sus ojos, y éstos aparecieron entreabiertos y empañados con el hálito de la muerte. Entonces Gaspar lanzó un grito de angustia y desesperación y echó á correr á pie hacia la casa principal de la hacienda.

X

COMO FUE EL HOMICIDIO.

Casi á la misma hora llegaba á la casa de Octaviana, en la ciudad, un mozo con unas cuantas líneas precipitadamente escritas por Alberto, quien residía á la sazón en otra hacienda de las inmediaciones, y que era propiedad de su tío.

“Al retirarme hace hora y media—decía—me acompañó Tamerlan, como de costumbre; pero me ha sucedido una cosa rara en el camino, y quiero dormir tranquilo esta noche: por lo mismo, hágame usted favor de despachar inmediatamente al mozo, diciéndome que nada ha sucedido en.... (Aquí el nombre de la hacienda de Gaspar): Vea usted lo que ha motivado mi alarma: cuando iba yo llegando á los potreros de la hacienda, me hallé de manos á boca con Márquez, que corría á caballo á todo trapo: apenas pude verle el semblante, pero me acuerdo que lo llevaba alterado; mejor dicho, horriblemente demudado. Detuve mi caballo para verle por detrás á mi sabor; pero en el momento Tamerlan se puso á ladrar de un modo especial,

rastreó el suelo y echó á correr hacia la casita del guarda-bosque, sin hacer caso de mi voz ni de mis silbidos. Yo temí que me vieran y que el saberlo disgustase á Rodríguez. Preocupado con esta idea, lejos de volverme á la ciudad, como debí hacerlo, para ver á ustedes y saber lo que pasaba, seguí mi camino á toda prisa hasta llegar á casa. Escribame usted dos renglones y diga en mi nombre á Amelia: "Hasta mañana."

Dos veces leyó Octaviana la esquila de Alberto, y otras tantas creyó que lo que había visto el joven no daba motivo á la alarma por él manifestada. Así lo escribió, añadiendo que no había llegado mozo alguno de la hacienda de Gaspar. No bien, sin embargo, hubo despachado al de Alberto, cuando se entregó á vagas cavilaciones con motivo de aquel incidente, y á poco sintióse poseída de un desasosiego y una tristeza inexplicables. Trató de distraerse pensando en la felicidad de Amelia, que cada día se veía más amada de Alberto. Octaviana, que había tomado muy minuciosos informes acerca de los antecedentes de aquel joven, los obtuvo tan satisfactorios, que no vaciló en abrirle las puertas de su casa en ausencia de Gaspar

y aun previendo que éste se disgustaría al saberlo. Estaba Alberto en vísperas de terminar el arreglo de los negocios de su tío, y tan luego como lo hiciera se presentaría á Gaspar pidiéndole la mano de su hija. No era de presumirse que el ardiente demócrata, que tan poco se curaba de su familia, opusiese una resistencia obstinada á su enlace contra el cual, en resumen, nada racional tenía que objetar. Ciertó es que Alberto era pobre; pero en materia de bienes de fortuna ¡necesitan tan poco dos corazones que se aman y se bastan mutuamente! Además, Alberto iba á manejar una parte de las posesiones de su tío, y con el sueldo que éste le asignara, tendría lo necesario para sostener su casa. El límite á donde llega en estos casos una prudencia razonada y previsora, es el punto de partida de la vanidad y el lujo, esas llagas que carcomen las entrañas de nuestra pobre sociedad, haciendo que se extingan las familias y sacrificando no pocas veces ante una sombra vana y hasta ridícula, los sentimientos más nobles del corazón, que unidos á un proceder recto, constituyen la única felicidad de esta vida tan corta y tan cercada de dolores.

Sacó de sus reflexiones á Octaviana

la llegada de uno de los proletarios de la hacienda, y no bien había hablado éste dos palabras, cuando una angustia indecible, un dolor agudísimo, se apoderó de aquella pobre madre. Renunció á relatar los extremos á que se entregó y sólo quiero, antes de terminar este capítulo, poner al lector al tanto de la escena, corta, pero terrible que había tenido lugar aquella tarde en la casita del guarda-bosque, habitada últimamente por Márquez, y cuyo resultado ya conoce.

Hemos dicho que Márquez ponía el monte casi todos los días á los obreros de Gaspar, y ahora debemos añadir que Enrique, las más de las tardes, acudía á la casita á jugar, tomando una parte muy activa en el derroche de los llenos de la hacienda. Más avisado y malicioso que los campesinos, y acaso iniciado ya en los vergonzosos secretos de la estafa, tenía de antemano sus sospechas respecto del manejo poco limpio de su padrino en el juego, y la tarde á que nos referimos, tales sospechas se convirtieron para Enrique en realidad.

Como de costumbre, habían circulado abundantemente las copas: tres mozos de los de más confianza de Márquez, acompañaban á éste y á Enrique,

quien llevaba perdidas algunas onzas. corrióse el albur, y al llegar una carta adversa al joven, éste se apoderó rápidamente de la mano de Márquez, hizo patente su estafa, y llevado de la exaltación que produce el juego, y, sobre todo, una pérdida constante, le pegó un bofetón.

Márquez llegó á asirle de los cabellos: entrambos se abrazaron y cayeron al suelo luchando con mutua ira. Los tres mozos trataron de interponerse y separarlos. Consiguieronlo al fin; pero por medio de un movimiento rapidísimo é imprevisto de los demás, hirió Márquez á Enrique en el corazón, valiéndose de un puñal que siempre llevaba consigo.

Enrique no pudo articular una sola queja, y cayó muerto. Márquez dió un puñado de dinero á cada uno de los mozos, diciéndoles: "Los cuatro quedamos igualmente comprometidos: quien diga una sola palabra de lo que ha pasado, compromete á los demás y se compromete á sí mismo." En seguida les despidió; asió el cadáver por el nudo de la corbata y lo arrastró afuera de la casa, dejándolo en el sitio donde lo halló Gaspar momentos después. Hecho esto, volvió al patio, ensilló á toda prisa su caballo, montó en él y

partió precipitadamente, no sin llevarse el fruto de sus rapiñas.

No seguiremos nosotros al asesino, ni volveremos á hablar de quien hizo perder la vida al desgraciado Enrique después de haber cooperado eficazmente á corromper su alma. Si falla la justicia humana en esta vez, ahí está la justicia de Dios, que nunca deja al criminal sin castigo.

XI

DOLOR DE MADRE.

Cuando Gaspar llegó á la casa principal de la hacienda, pidiendo auxilio para ir á recoger el cadáver de Enrique, hallóse con otra novedad. Los jornaleros á quienes en la tarde había dejado ebrios fuera de la taberna, se entregaban al saqueo de la casa sin que nadie les interrumpiese. Los muebles, la ropa, los libros, los arneses de montar, todo salía y desaparecía violentamente en medio de gritos horribles inspirados por la codicia y la embriaguez.

Aquello era práctica del comunismo, y Gaspar debió haberse regocija-

do con tal espectáculo; pero en aquel momento no era "político," y las desgracias domésticas le abrumaban como á un hombre cualquiera. Acababa de separarse del cadáver ensangrentado de su hijo, y hallaba que su casa era presa de un completo saqueo. Sentóse en uno de los escalones del corredor, con las manos puestas en las mejillas y permaneció así gran rato. De pronto pareció disiparse su insensatez: el dolor más profundo se pintó en su rostro: sus ojos se animaron. Se levantó, y dirigiéndose á los mozos que continuaban robándole á su propia vista, les dijo:

—Mi Enrique ha sido asesinado.

Los borrachos que pasaban á la sazón, le miraron estúpidamente y siguieron su camino.

—Mi Enrique ha muerto. Vamos á recoger su cadáver.

Los mozos no hacían caso de Gaspar.

—Mi Enrique ha sido muerto. Su cadáver está junto á la antigua casa del guarda-bosque. Vengan ustedes conmigo á recogerlo.

Los mozos se rieron y continuó el saqueo. Gaspar volvió á sentarse en los escalones del corredor, y la luz de